

Toda la correspondencia al Administrador D. G. Osler, Espíritu Santo, 18 — Madrid

El Mundo Femenino

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes. Número atrasado 25 céntimos.



Subscripciones: Por 6 meses 2'50 pesetas. — Por un año 4. — A los corresponsales 2'50 la mano.

EL DIA DE UNA ELEGANTE. — 1.ª SERIE. — Por La Cerda.



AL LEVANTARSE

COMO MUEREN LAS MUJERES

(Conclusión)

Ay! dijo ella bajando la cabeza.
—Volveremos, contestó el pintor; volveremos con frecuencia, porque comprendo como vos, que aquí nos rejuvenecemos. No se es feliz más que una vez sobre la tierra...

—¿Entonces por qué partir? Me habéis acostumbrado á vivir á solas con vos. La gente ahuyenta la dicha; todo lo perderé allí.

—¡Niña! no ignoras que la vida no la constituye únicamente el amor; el mundo ha dictado leyes que, debemos acatar; es necesario vivir para sí, pero es preciso también vivir para los demás.

—Yo—dijo Isabel—no puedo vivir más que para vos.

En aquel momento, más pálida que de costumbre, cayó arrodillada sobre la hierba, alzando hacia él sus hermosos ojos.

—Amigo—le dijo—¿partiréis?

Levantola Cornelio, la reclinó sobre su pecho, y besándola los cabellos, la dijo:

—Es preciso.

—Está bien—contestó Isabel con voz temblorosa—¡está bien! Partiremos; pero pensadlo bien; yo... no volveré.

El pintor no comprendió lo que quería decir.

—Volveréis—la dijo.—Dejadme vivir seis meses en Amberes con vos, siempre con vos; volveremos aquí tal vez para siempre.

En esto llegaban en medio del bosque.

—¿Queréis—continuó Cornelio Schut—que vayamos á descansar á la pradera del encinar, que tanto os gusta?

—Nó—contestó Isabel.—Bien querría, pero no tengo ya fuerzas; retrocedamos y entremos en casa, porque no sé lo que tengo hoy; pero no os inquietéis: mañana estaré dispuesta para la marcha.

Al día siguiente el pintor pasó la mañana en su taller ocupado en poner en orden sus cuadros, sus bocetos, sus dibujos y sus libros. El ingrato tenía algo de esa alegría que se apodera del desterrado al pisar su país. Isabel, que había permanecido en su cuarto, cerca de la ventana, con la vista fija en el campo, le oyó cantar alegremente esta canción:

“La taberna es la vida: bella tabernera, amiga mía, traednos de beber; que vuestras blancas manecitas nos sirvan la espumosa cerveza.”

No puede tenerse idea del dolor profundo que acometió á Isabel, porque esta canción era la que Cornelio cantaba con sus amigos en los días de orgía. Su corazón latió con fuerza hasta despedazarse: levantó ella los ojos al cielo y rogó á Dios con el mayor fervor.

El cantaba siempre, cada vez más entusiasmado con sus alegres recuerdos. La pobre joven reunió de pronto sus casi extinguidas fuerzas, se levantó con presteza y corrió á la puerta del taller, que estaba entornada, y se detuvo en el umbral.

Viéndola aparecer de aquel modo, con los cabellos en desorden, el seno palpitante, la mirada extraviada, Cornelio Schut se dirigió hacia ella sorprendido y asustado.

—¿Qué tenéis, Isabel?

—Ella se sonrió amargamente.

—¿Que qué tengo?... Escuchadme.

Y al punto se puso á cantar una canción, para la que Cornelio Schut había compuesto la letra dedicada á Isabel.

“I Las belloritas se marchitarán. El invierno traerá la nieve, pero no pasará nunca sobre mi corazón, hermosa mía.

II Mi corazón, es una eterna primavera cuando me sonríes, sol radiante; cuando veo flotar tu cabellera, cuando beso tus labios como cómo un hermoso fruto.

III No, yo no temo al invierno; pasará sin tocar mi corazón. Desafío sus nieves, sus vientos y sus tempestades cuando acaricio tus pies desnudos sobre la hierba.

IV Sin embargo, hay un invierno que me aterra; el que en sus brazos de mármol nos llevará á la negra tumba y sembrará sobre nosotros flores sin perfume.

V Este último invierno helará nuestros corazones; pero llevaremos allá arriba el recuerdo de las amantes margaritas que estrellaban nuestras praderas haciendo un cielo de la tierra.”

A la última palabra de la canción, Isabel cayó sin fuerzas en los brazos de su amante: había exhalado toda su vida en aquel canto.

Condújola Cornelio á la ventana para hacerla respirar el aire puro de la mañana. Ella entreabrió los ojos y le dijo:

—Adiós; esta canción no te conmueve ya el corazón. Todo ha acabado.

Y todavía murmuró:

“Sin embargo hay un invierno que me aterra, el que en sus brazos de mármol...”

—Mi querida Isabel—exclamó Cornelio Schut helado de espanto—querida mía, ¿dónde estás?

—Amigo—respondió ella con voz moribunda—me digiste que era preciso partir—yo me voy antes que tú. Me hubieras abandonado al llegar allí; prefiero morir aquí.

Apenas Isabel pronunció estas palabras, entró en la agonía. Cornelio Schut la sostenía en sus brazos y la estrechaba como para comunicarle su alma.

En vano trataríase de pintar su desesperación; pasó todo el día llorando y gritando como un loco. Cien veces estrechó á su querida moribunda sobre su corazón. Isabel no se despertó entre sus brazos. Espiró á los primeros albos rosados de la mañana.

Entonces él recordó que desde hacía más de un mes la pobre joven palidecía más cada día. Comprendió que había muerto á fuerza de amarle mucho, y juró no volver á Amberes, y vivir en medio de los bosques con el recuerdo siempre palpitante de la triste Isabel.

Después de los funerales recordó en que no tenía su retrato.

No se hace el de la mujer que se ama; porque ¿puede trasladarse al lienzo los animados encantos de una figura adorada? Isabel le había servido de modelo para las vírgenes de sus retratos; pero sólo había recogido los rasgos angelicales de su rostro; habíase guardado bien de dar á la madre de los ángeles la expresión puramente profana de su querida. Cuando ella desapareció para siempre, sintió desesperadamente el no haber reproducido todo lo que constituía el carácter y el atractivo de su querida Isabel. Veíala aún pasar en sus sueños, huyendo como una sombra á través de las praderas ó por el fondo de los bosques. Pero no era ya la fresca y risueña niña de los primeros años; era la pálida y triste amante que ya había helado la muerte.

Intentó reproducir su rostro evocando sus recuerdos, pero cada vez que la figura se reanimaba bajo su pincel, lo dejaba caer con espanto, porque siempre encontraba en el lienzo la imagen de Isabel muerta.

Durante más de un mes, Cornelio Schut vivió en aquella soledad que para él habíase convertido en una Tebaida. Advertido su tío por Daniel Seghers, é inquieto por un destierro tan obstinado, vino á sorprenderle una tarde que meditaba sobre la tumba de Isabel Van Thurenhoudt. El buen hombre se asustó al notar la palidez y la desesperación de Cornelio Schut. El pintor contó, palabra por palabra, toda la historia de su corazón.

—Vas á seguirme á Amberes—le dijo su tío conmovido.

—No—dijo el pintor.—Mientras las belloritas no florezcan sobre esta tumba, yo vendré á llorar sobre ella.

Esperó.

Todas las mañanas iba Cornelio á arrodillarse sobre el sepulcro de su querida, y la hablaba como en los buenos tiempos pasados.

Espérame—la decía con efusión—nos encontraremos en otra soledad para seguir amándonos. ¿Pero volveré á encontrar tus bellísimos ojos, tan dulces cuando me hablabas? ¡Pobre Isabel mía! Héla ahí tendida en la tumba; pero ella no está tan sola como yo, porque su alma está con Dios.

Una mañana tuvo un momento de alegría al ver dos belloritas abiertas en la naciente hierba de la tumba de Isabel. Las cogió, las besó y las llevó á su corazón.

Al fin partió para Amberes con Wael, que desde hacía tiempo ya no brincaba. Volvió á la taberna. Sus amigos quisieron bromearle por su misteriosa pasión; pero cuando le vieron tan pálido y sombrío, cuando le oyeron hablar de Isabel con voz entrecortada por las lágrimas, respetaron su dolor y todos sus antiguos amigos le tendieron la mano.

He recogido este pensamiento de los versos de Cornelio Schut: «El hombre más apasionado, no concen-

tra toda su vida en el amor; sólo la mujer puede vivir y morir por el corazón.»

ARSENIO HONSSAYE.

De l' Art. et la Mode.

11 de Diciembre de 1886.

EL DIVORCIO

(Conclusión)

VÉANSE LOS NÚMEROS DEL 7 AL 9

Este otro caso es tan frecuente, que pudiera decir que el noventa por ciento de los casamientos reconocen este origen, el deseo de poseer á una mujer que por otros medios no podría ser nuestra.

Todos sabemos lo efímero de esas ilusiones que el hombre crea acerca de una mujer hermosa, ilusiones que duran lo que se ha convenido en llamar *la luna de miel*: en efecto, duran lo que una revolución de la luna alrededor de su propio eje. Después... después, señores diputados, aquella luna, como ha dicho alguien con gran chispa, de luna de *miel* se convierte en luna de *arope*, y es entonces, cuando el deseo y la curiosidad están satisfechos, cuando comienza para la mujer ese martirio inaguantable, que á tantas hace maldecir la hora de su casamiento. El hombre, que sólo busca novedades en el amor, para quien el matrimonio es sólo «una mujer menos que desear» apenas extinguidos los últimos fulgores de aquella luna en menguante, busca desalado otros atractivos fuera de los de su esposa, á la que relega casi al olvido para entregarse en brazos mercenarios ó á algún otro amor criminal.

Infinitos serían los casos que pudiera ofrecer á que se debe el llamado «santo é indisoluble lazo.» Basta con los citados para entender que no siempre esos lazos tienen la santidad que se les atribuye, y que cuando dejan de ser indestructibles por un acendrado cariño que sólo destruir puede la muerte, es preciso cortarlos, pero cortarlos de manera tal que no quede nudo ni lazada que reuna, ya que nó las personas, ni los nombres siquiera de los cónyuges.

No pretendo yo, como muchos suponen pretenden los de mi escuela, que el matrimonio sea un simple contrato hecho, bien civil, bien religiosamente, que pueda romperse cuando y como uno de los cónyuges lo desee. Esto nos llevaría á los ridículos casamientos y divorcios efectuados durante el período de extravío de la revolución francesa, ó á lo que modernamente pretenden los anarquistas: el amor libre.

Nó, y mil veces nó. El hombre, y la mujer principalmente, necesitan de garantías sólidas de que ese contrato no ha de romperse á voluntad de cualquiera de los contrayentes. ¿Dónde iríamos á parar si esto sucediese así?

Lo único que deseamos es, que el divorcio, que hoy existe, una vez pronunciado con justicia por un



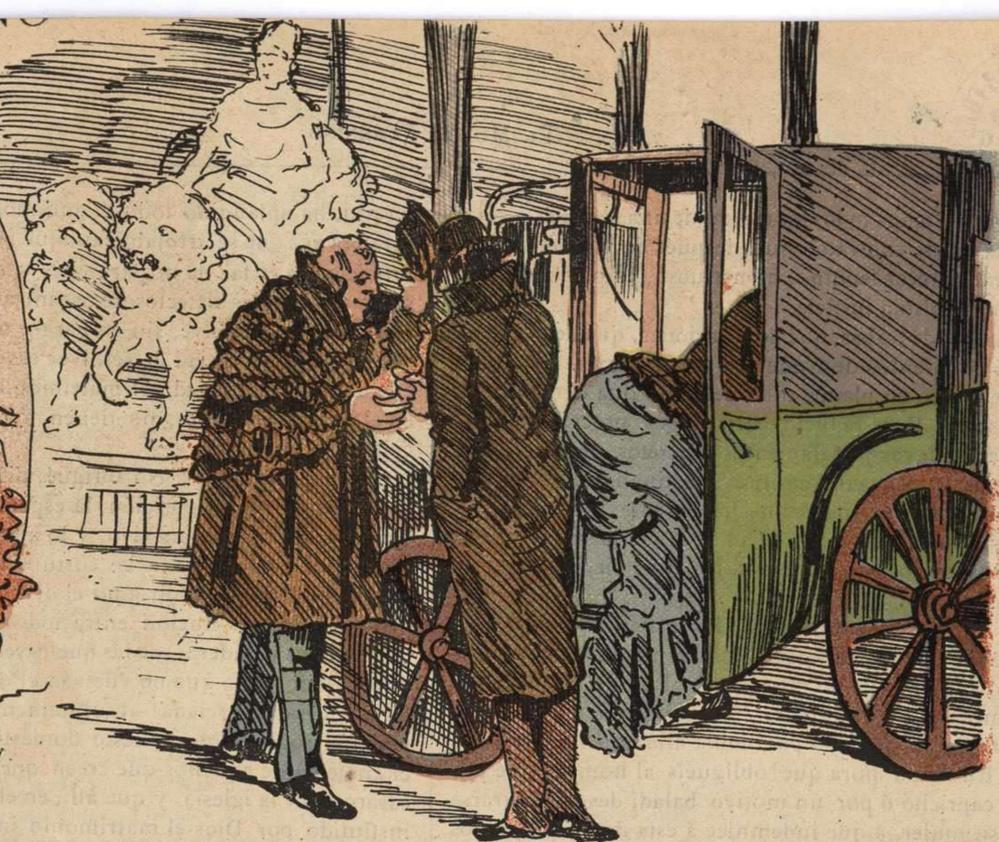
Horizontalidad en Es-lava



La mano de gato.



Después del baile á Lhardy.



La señora está delicada: al paso.



Ratas desde las ocho.



El abono á media tostada



—¿Es Vd modista?
—Sí, hasta las doce...



Los espantajos de la miseria

BIBLIOTECA MUNICIPAL MADRID

tribunal, tenga todos los efectos de una anulación completa de ese contrato, que después de llevado á cabo puede parecer leonino, monstruoso, imposible hasta para la misma justicia.

¡Qué de trabas, qué de dilaciones, qué de pruebas, qué de intentos de avenencia no se hacen, se exigen y se ponen en planta antes de fallar una demanda de divorcio! Pues reducid bastante los procedimientos, redactad leyes y reglamentos concretos, claros, terminantes, que hagan más breve la finalización de esos expedientes, y una vez hecha patente la necesidad y la urgencia del fallo, dejad rota esa pesada cadena cuyos trozos aún arrastran los divorciados hasta la tumba.

¿Por qué autorizar á la mujer adúltera para que siga arrastando por el lodo el nombre de un marido á quien ya no pertenece? ¿Por qué obligar al hombre que con justicia ha pedido la separación de su mujer, á que siga pasándola alimentos ó rentas?

En buen hora que obliguéis al hombre que por un capricho ó por un motivo baladí desea separarse de su mujer, á que indemnice á ésta de los perjuicios que pueda haberla irrogado al casarse con ella para después abandonarla: eso es tan justo como lo es en cualquier contrato que se rescinde sin que coincidan las voluntades de los contratantes; pero obligar al hombre á que ceda su apellido, obligar á la mujer, si es ella la que demanda la separación, á llevar aquel nombre para ella odioso, obligar á los dos á un celibato perpetuo, es injusto inmoral, y bárbaro.

Hubiera podido nunca cierta celebridad artística, que todos hemos aplaudido; hubiera podido, repito, presentarse como hoy lo hace ante el mundo, honrada con el apellido de un segundo esposo, si la ley francesa no la hubiese para siempre desligado de su primer marido? Pues ahí tenéis cómo una sociedad tan pulcra y delicada en cuestiones de pudor como la inglesa, ha honrado el casamiento de esa notabilidad, asistiendo á la ceremonia lo más florido de la alta sociedad británica.

¿Qué se opone, pues, al planteamiento del divorcio absoluto en España? ¿Será que este país es más católico que Francia, y témesse encontrar una oposición decidida en el Vaticano? No: en España hay seguramente más alarde de catolicismo y menos fondo de él que en Francia; y en Francia existe ya esa ley, por la que han venido combatiendo en la prensa y en la tribuna las más claras inteligencias de la vecina república.

No; lo que aquí falta, es lo que ha sobrado en Francia: propaganda de estas ideas, que allí han ido penetrando en todos los ánimos llevando, á ellos el convencimiento. Allí esta cuestión se ha tratado con gran valentía en el teatro, en la novela, en el periódico. Aquí se ha intentado tímidamente plantear el problema sin poner al lado la solución, en una obra dramática que ha dado nombre y gloria á Sellés, autor de *El Nudo Gordiano*, obra que, aparte de su mérito li-

terario, ha aplaudido todo el mundo, porque era la primera vez que se arrojaba, aunque en forma sólo de problema, á la faz de nuestra vieja sociedad, uno de sus más notables defectos de organización. *El Nudo Gordiano* no resuelve, sin embargo, nada; pero pone de relieve la necesidad de resolver esos conflictos que crea la indisolubilidad del matrimonio, y que, como en el drama de Sellés, no tienen más que una solución: el crimen.

Señores diputados: No abrigué, ni por un momento, al firmar mi proposición, la esperanza de hacerla triunfar; sé en qué país vivo, y lo apegados que estamos todos á nuestras rancias costumbres y á nuestros adorables atrasos. Pedir aquí el divorcio absoluto, es provocar una revolución entre todos los padres que tienen hijas casaderas, de las que desean salir de cualquier modo, para que no vuelvan el día menos pensado á casa divorciadas absolutamente, para seguir pesando sobre el presupuesto doméstico; es provocar el anatema de aquellos que creen que Adán y Eva se casaron por la iglesia, y que allí, en el Paraíso, quedó instituido por Dios el matrimonio indisoluble, aunque tienen, en la Biblia, pruebas de lo morgánico de aquel casamiento, cuyas arras fué una sencilla manzana en mal hora comida; es provocar las iras de los muchos vividores que andan á caza de dotes saneadas que derretir, y, por último, es ponerse en frente de los miles de señoras que necesitan tener editor responsable para sus detestables obras.

No espero, pues, la aprobación de la proposición por mí presentada; pero bástame haber cumplido mi propósito dando desde esta tribuna de la representación nacional el primer grito de libertad para *los forzados del matrimonio*.

He dicho.

Por el orador,
E. DE LA CERDA.

COQUETERÍA

UN CONSEJO Á LAS JÓVENES

por ELISA R...

(Continuacion)

—¿Y qué es más? ¿Te acuerdas cuando éramos niñas, que te contaba yo un sueño en que me había parecido estrechar entre mis manos un precioso collar que acababan de regalarme, y que cuando desperté sólo encontré mis manos apretadas fuertemente, y puro aire en vez de la dichosa joya?

—Sí, me acuerdo.

—Pues hé ahí lo que es el amor: un hermoso sueño cuyo despertar es terrible, porque ante los ojos sólo se ve una triste mentira por realidad.

—Me espanta oírte hablar así. Jamás te escuché tan

desconsoladoras afirmaciones, Eugenia. ¡Tú, tan joven y ya desengañada! ¡Tú, que entras apenas en la aurora de la vida, y ya reflexionas como si el hielo de la vejez coronase tu cabeza! ¿Quién ha podido hacerte pensar así?

—Pst .. qué sé yo; la experiencia de lo que veo en las demás. Figúrate que hace poco veía amar á un hombre á una amiga mía, y hoy, sin que ella lo sepa, ya no la ama. El, ya despertó; ella sigue soñando. Para este cambio bastó el capricho de una mujer... como yo. por ejemplo, que irritada por ciertas murmuraciones de ese hombre que censuraba su conducta, juró atraerle, fascinarle y dominarle, y lo ha conseguido, haciéndole casi olvidar á su adorada.

—Pero eso es una traición á la amistad.

—O un gran servicio á esa amistad, querida mía.

—No lo creo así, porque sólo ha sido para satisfacer una mal entendida ofensa de amor propio. Tú misma has dicho que el amor es un sueño ¿por qué, pues, no hemos de dejar que cada cual sueñe, sin llegarnos á mostrarle el horrible despertar del desengaño? Hé ahí que esas dos almas podían haber vivido confiadas en su amor, y hubiesen llegado á unirse. Entonces tú, porque según comprendo, eres esa amiga desleal, te hubieses abstenido de separarlas siquiera por tu propio decoro, lo que hoy haces por la vana gloria de adquirir un nuevo triunfo.

—Que quieres, hija mía, respondió Eugenia con frialdad; yo no perdono un ultraje hecho á mi amor propio.

—¿Y así sacrificas la amistad á tu capricho?

—Sacrificaríame á mí misma.

—Ya veo eres mala amiga; te creí mejor.

—¿Te pesa mi amistad?

—No tengo yo motivos de queja, pero siento que obres de ese modo.

—Tú hablas así, porque la historia de mi amiga levanta tal vez un eco en tu alma; Amas á Carlos, y sentirías que te lo arrabatasen.

—¿Yo?... Carlos me adora.

—¡Inocente! murmuró Eugenia volviendo la cabeza á otro lado.

—¿Qué dices?

—Digo, que es mucha confianza la tuya.

—La que debe tener una buena amante.

—También la tenía la de mi víctima.

—No la amaría como Carlos me ama.

—Tanto quizá.

—Pero nadie tiene interés en arrebatarme su cariño.

—¿Quién sabe?

—¡Ah!

—Sí ¡ah! ¿qué dirías si se me antojara...?

—¿Quién tú? ¡Oh! tú eres mi mejor amiga.

—Así llamaba yo á la otra.

—¿Sabes lo que pienso?

—Tú dirás.

—Que tu comparación de la rosa y el áspid te cuadra maravillosamente.

—¿De veras?

—Cierto.

—Pues hija, cuidado con el áspid.

—¡Ah! ¿me amenazas? ¿luego intentas arrebatarme el amor de Carlos? Jamás creí fueses capaz de tan villana acción.

—¡Oh! si él te ama... mucho, mucho... ¡já! ¡já! ¡qué inocente, qué inocente!

Teresa escuchaba á Eugenia con los brazos caídos, los ojos fijos y la respiración entrecortada; creía que estaba soñando ó que su amiga había perdido la razón.

—¿Quién había de decir, Eugenia, que mi amiga, mi querida amiga de la infancia me vendiese!... pero qué digo... nó, tú te chaceas, y Carlos no ha dejado de amarme; no, es imposible.

—¿Lo crees así?

—Yo...

—Pues... no tiene nada de extraño que te equivoques

—¡Hola! ¿hablas de veras?

—Ya ves que hablo bien formal.

Teresa no respondió palabra. Dió tres pasos atrás, midió con la vista de alto á bajo á Eugenia con ademán despreciativo, y después, por una reacción involuntaria, una lágrima de fuego abrasó sus párpados y cayó rodando por su mejilla. En seguida volvió las espaldas y haciendo una seña á la mulata, que se había quedado algo distante hablando con el negrillo, se perdió entre el laberinto de plátanos.

Eugenia contrajo un momento sus negras cejas; pero pronto una burlona sonrisa asomó á sus labios, y se entró en la casa tarareando un aire cubano.

La coqueta había roto un lazo que la estorbaba para sus planes de seducción.

CAPITULO II

Consejos de una madre.

En una habitación de cierta quinta inmediata á la de Rovira veíase, al anochecer del día en que comenzó nuestra relación, el bulto de una joven, que tal era á juzgar por su esbelta cintura, envuelta en la semioscuridad y replegada á la cabecera de una cama, entre cuyas almohadas desaparecía su cabeza casi por completo.

Conocíase que sollozaba, según los nerviosos movimientos de sus espaldas y los ahogados suspiros que de cuando en cuando interrumpían el silencio de la apartada alcoba.

Era Teresa.

Tal vez lloraba la pérdida de la amistad de su infancia; tal vez empezaba á sentir los crueles efectos de la primera duda, que se había levantado en su corazón, tanto más vehemente, cuanto ciega había sido hasta allí su fe en el amor del primer hombre en quien había puesto su cariño.

Aquellas lágrimas caían sobre su corazón, no como el bienhechor rocío que reanima la flor de la esperanza, sino como el agua que absorbe la abrasadora sed del hidrópico sin lograr saciarla nunca.

¡Pobre niña! había visto la aurora magnífica de una vida de ilusiones, de amor y de amistad, y cuando se preparaba á recorrer alegre los campos de la felicidad, aquel sereno cielo se cubrió de nubes opacas y al estallar la tormenta, vió aquellos risueños campos invadidos por las aguas del torrente que arrastraba en pos de sí flores y plantas!

Hacia una hora que Teresa entrara en su casa, y nadie se había apercebido de ello, porque la mulata entregándole á la puerta la cesta de mimbres, salió á visitar á una compañera enferma que vivía en una choza de las que habitaban los negros de la plantación.

Pero la casualidad hizo, que su madre, doña Josefa, se acordara de que se le había olvidado poner entre sus adornos uno indispensable, y se dirigiera á la habitación donde se encontraba llorando, para mandárselo á la quinta de Rovira, donde la creía ocupada en su tocado, en compañía de su amiga Eugenia.

¡Cuál fué su admiración al entrar y ver á su hija desecha en llanto, los adornos y el vestido de baile en desorden sobre el lecho, y á Teresa con el cabello descompuesto.

Apenas sintió la joven los pasos de su madre, se incorporó, enjugando apresuradamente sus lágrimas, y ensayando una sonrisa; pero la vista perspicaz de una madre advierte fácilmente las huellas del llanto en las mejillas de un hijo, y el de Teresa era harto reciente para que pudiera escapar á sus perspicaces ojos.

—¡Teresa! exclamó alarmada la bondadosa señora. ¿Cómo estás aquí? ¿Por qué lloras? ¿Te ha sucedido algo? Habla...

—Á mí... nada...

—¿Por qué quieres engañarme, Teresa? Vamos, cuéntame qué ha pasado; alguna niñería con Eugenia.

—Nada, nada... estoy... muy contenta.

Y al mismo tiempo desmentían sus palabras dos lágrimas que se deslizaban por sus pálidas mejillas.

Su madre se sentó en un sillón y atrayéndola á sí reclinó su cabeza en su pecho.

—No me ocultes nada, hija mía. ¿Qué es eso?

Teresa lloraba sin responder.

Á fuerza de preguntas y halagos, consiguió su madre hacerla hablar.

—Madre mía, dijo Teresa, soy muy desgraciada.

—¿Por qué Teresa?

—Tenía una amiga, á la que quería como á una hermana; la he perdido. Tenía puesta mi fe en el amor de un hombre, y empiezo á creer que puede faltarme su amor.

—Expícate, no comprendo...

—¡Ah! es terrib'e perder de un solo golpe todas las ilusiones que atesora el alma; ver desatarse ante los

ojos un porvenir de triste desengaño, madre mía, y esto á los 16 años...

—Tal vez Eugenia...

—Esta tarde se me ha mostrado con toda la repugnante verdad de su carácter. Bien sabe usted que yo la admiraba por ese atractivo especial que imprime á todas sus acciones, haciéndose adorar y envidiar por todos. Era joven y esa coquetería sentaba perfectamente á sus pocos años; pero no creí nunca que pudiese emplearla para hacer la desgracia de su amiga, de una amiga que no le había dado más que pruebas de un afecto fraternal. Primero me contó la historia de una mujer, amiga suya por cierto, que adoraba á un hombre, el cual se había atrevido á murmurar de Eugenia. Ella juró atraerle, fascinarle, atropellando los vínculos de amistad que le unían con la joven amante, y lo ha conseguido, haciéndose amar por el mismo que la despreciaba.

Reconviniéndole yo por su acción, me amenazó con arrebatarme á Carlos, y en aquel momento, recordé que en más de una ocasión le he oído censurar la conducta de Eugenia; que después había dejado de vituperarla, y que por último siempre me estaba aconsejando que fuese con ella á todas partes.

Cayó la venda de mis ojos, y me ví retratada en la protagonista de la historia que acababa de referirme. Eugenia se burló riéndose del mal efecto que habían producido en mí sus palabras, y yo para ocultarle el llanto que se agolpaba á mis ojos, huí de su lado. Ahora, madre mía, aconséjeme usted.

—Y voy ha hacerlo, siguiendo los consejos de mi propia experiencia.

Tienes 16 años, Teresa: hace poco tiempo que te despojaste del hábito de niña para vestir el peligroso de la mujer. Aún no había tenido ocasión de mostrarte los mil precipicios que rodean á la juventud inesperta, y si tuve esta negligencia, fué porque esperaba que el primer desengaño hiriera tu corazón, para que entonces apreciaras mis palabras, que de otra manera tal vez hubieses creído exageraciones de anciana.

(Continuará.)

El Mundo Femenino

PUBLICACIÓN PERIÓDICA ECONÓMICA

Se publica los días 10, 20 y 30 de cada mes

PRECIO DE CADA NÚMERO 15 CENTIMOS

EN TODA ESPAÑA

Imprenta de G. Osler, Espíritu-Santo, 18.—Madrid.

